Rey é infeliz, me direis,
no es muy fácil entenderlo;
ni difícil, si lo explico
como á comprenderlo llego,
lo vereis seguramente
en este breve compendio.
Es rey infeliz aquel
que nunca se halla contento
con lo que posee y pretende
gobernar el Universo.
Es infeliz rey el que
en su trono no cabiendo,
pretende despojar á otros
de sus estados y reinos.
Es rey infeliz quien vive
en continua guerra puesto,
pues destruye sus vasallos
sin hacer de ellos aprecio.
Es infeliz rey quien no oye
los clamores de sus pueblos,
siendo para ellos tan malo
que ni aun á sí mismo es bueno,
y por cuya causa todos
le aborrecen en extremo
y al cielo piden venganza
de su crueldad y sus yerros.
Es rey infeliz quien vive
sin Dios ni Ley (esto es cierto)
y permite cuantas sectas
han salido del infierno.
Luego ¿qué felicidades
de ese hombre esperar podemos?
La felicidad será
el ver nuestro cautiverio
sin conseguir remediarlo
cuando menos lo pensemos.

Dígalo la Italia toda,
y díganlo cuantos reinos
han tenido la desgracia
de creer los fraudulentos
embrollos que han sido causa
de su ruina y lamentos.
Tened paciencia, Monsieur,
escuchadme un poco atento,
pues para escribiros yo
bastante paciencia tengo.
Quiere vuestro Emperador
no á nosotros, nuestros reinos,
nuestras ricas posesiones,
nuestros hijos y dineros
para llevarlos adonde
jamás vuelvan á su centro.
Quiere romper nuestras leyes;
quiere robar nuestros templos,
y ultrajar nuestra nación
haciendo de ella desprecio.
Quiere sean nuestras hijas
de sus soldados trofeos,
víctimas de su apetito
para tenerlos contentos,
porque no se le levanten
y quiten corona y cetro.
Él quiere sacrificarnos;
quiere que todos le demos
aquellas adoraciones
y cultos que á Dios debemos,
y por eso se titula
todopoderoso, yerro
con que ha ofendido la grande
majestad de Dios supremo.
Quiere, en fin, nuestra ruina
é infeliz abatimiento.

Monsieur, ¿no es esto verdad?
Confesadlo sin rodeos
y atended lo que nosotros
puntualmente no queremos.
No queremos ver sujeta
á su diabólico imperio
la Nación americana,
sus riquezas y comercio.
No queremos otras leyes
que las que aquí obedecemos,
ni otro código que aquel
en que vivimos contentos.
No queremos que la fe
ortodoxa que tenemos,
seguimos y profesamos
desde el gran Rey Recaredo,
se vulnere, se corrompa
y contamine con yerros
de la herética impiedad
que vosotros seguís ciegos.
No queremos ver destruidos
el sacerdocio y los templos
en que Dios es adorado
por Criador de tierra y cielos.
No queremos otro Rey,
otro mando, otro gobierno
que el de nuestro gran Fernando.
Ved ahora lo que queremos:
Queremos rogar á Dios
nos dé valor, nos dé esfuerzo
para abatir el poder
de Napoleón primero
y de las crueles langostas
que componen sus ejércitos.
Queremos á Dios pedir
que se aniquile su imperio;

que no caiga ni rocío
en las cabezas de aquellos
que siguen sus estandartes
como separados miembros
de la militante Iglesia
que constantes defendemos;
(esto es si no se arrepienten
de sus crueldades y excesos;
si no abjuran sus errores,
si no se vuelven al seno
de nuestra religión santa,
única que puede hacernos
y seguramente hará
felices en todo tiempo).
Queremos, Monsieur, también
defendernos y ofenderos
como lo hacen en España
nuestros valientes iberos.
Y á costa de nuestras vidas,
sangre y hacienda sabremos
castigar esa osadía,
ese grande atrevimiento,
ese ultraje, ese baldón,
esa ofensa, ese desprecio,
con que Napoleón procura
con el mayor vilipendio
sean los americanos
(por colmo de sus trofeos)
cómplices de sus traiciones
y depravados intentos.
Esto, Monsieur, le diréis
á Napoleón vuestro dueño,
y que para resistirle
nos sobra valor y aliento,
confiados en el amparo
de la Reina de los Cielos,

María de Guadalupe,
que es del Mexicano Pueblo
el escudo, la defensa
y todo nuestro consuelo.

MÉXICO INDEPENDIENTE.